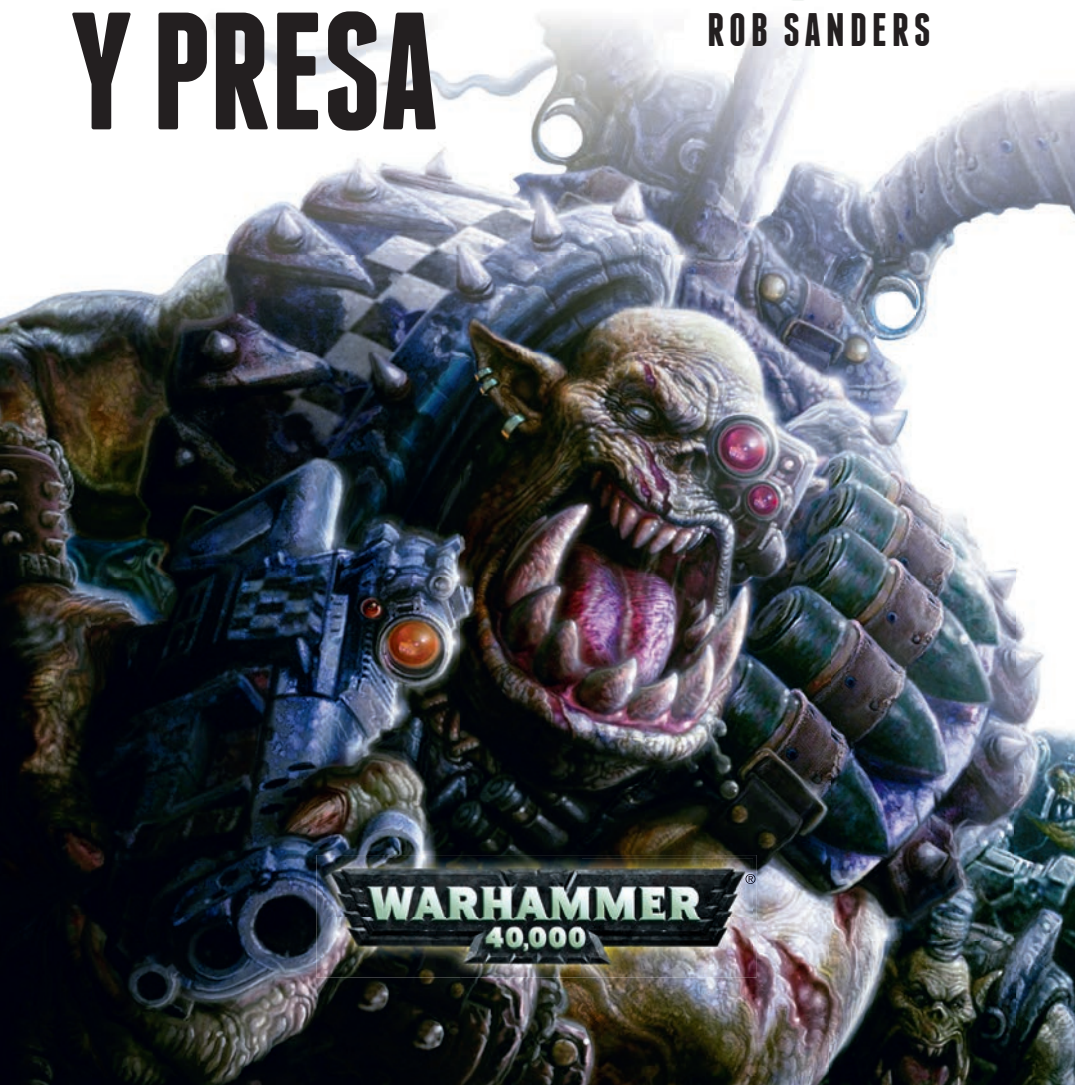




EL DESPERTAR
DE LA
BESTIA

DEPREDADOR Y PRESA

ROB SANDERS



WARHAMMER
40,000



EL DESPERTAR DE LA BESTIA

LIBRO II

DEPREDADOR Y PRESA

ROB SANDERS

timunmas

Título original: *Predator, Prey*
Traducción: Traducciones Imposibles, S. L.

Ilustración de cubierta: Víctor Manuel Leza Moreno

Primera edición: mayo de 2017

Predator, Prey, Depredador y presa, GW, Games Workshop, Warhammer 40.000, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2015 por Black Library Games Workshop Limited., Willow Road, Nottingham, NG7 2WS, UK www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2015

© de la traducción Games Workshop Limited. 2017. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0461-6
Preimpresión: Keiko Pink & the bookcrafters
Depósito legal: B 8249-2017

Impreso en España por Romanyà Valls, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

UNO

SEGMENTUM SOLAR — SECTORES DEL ANILLO EXTERIOR

¿Cómo pudo suceder algo así?

Poco tuvo que ver con cualquier precedente histórico. Hasta entonces los invasores revelaban sus intenciones movilizando ejércitos y armadas. Algunos cruzaban el vacío con una paciencia desalmada, mientras que otros irrumpían en los límites de nuestros sistemas con las naves aún cubiertas de la escarcha de la disformidad. Todos eran extraños. Eran salvajes o irracionales, insaciables o fríos y calculadores. Observaban con ojos alienígenas cómo la humanidad se expandía y vigilaban cada uno de sus movimientos. El Imperio era un dominio sitiado, asediado por razas xenos que carcomían sus fronteras. Los agresores alienígenas capturaban territorios vírgenes pedazo a pedazo, o revivían historias olvidadas reconquistando aquello que una vez perteneció a sus ancestros. Tal era la condena de la humanidad en una galaxia vasta y hostil.

Eso fue antes del advenimiento de la Bestia.

Los primeros indicios de la calamidad que se avecinaba pasaron inadvertidos entre la devoción y los quehaceres de miles de millones de individuos. En centenares de mundos, los ciudadanos del Imperio continuaron sumidos en la monotonía de su existencia y de su servidumbre, incapaces de percibir las voces que les hablaban desde el vacío. Al principio, las erupciones sonoras se confundieron con el sonido estático de las estrellas y con la radiación de fondo. Lucharon por hacerse oír por encima del rumor sublumínico de los navíos mercantes que entraban y salían del sistema. Se perdieron entre el fuego de las fragatas imperiales, inmersas en sus batallas contra flotas piratas en los confines del espacio. Se ahogaron entre el estruendo industrial de forjas y mundos colmena, entre los himnarios que resonaban en las majestuosas catedrales y entre la pesadumbre ritual de una humanidad hacinada.

Conforme las erupciones sonoras aumentaron en volumen e intensidad, con una insistencia infrasónica, el Imperio comenzó a percibir los presagios de su desdicha. Quienes sabían escuchar fueron los primeros en distinguirlo: aquellos cuyas mentes y oídos ya estaban abiertos. Un puesto de escucha de la Armada Imperial en el Cinturón de Orubia. Los comunicadores del 41.º Regimiento de los Fusiles de Thranxia en la luna selvática de Bossk. La baliza telepática Izul-11 en Cantillus. La *Austregal*, una nave comandada por un comerciante independiente que operaba bajo patente de corso en las Estrellas de la Ira. La *Austregal* tenía licencia para asaltar naves fantasma del mundo astronave de Zhar-Tann, pero había descubierto que, misteriosamente, los xenos habían abandonado el segmentum.

A pesar de todo, el reconocimiento oficial de este fenómeno dentro del anillo interior fue un honor compartido. Al

mismo tiempo que el adepto de la Divisio Linguistica Mobian Ortrex conseguía aislar el contenido de las erupciones sonoras a bordo del Arca Mechanicus *Singularitii*, la hermana superior Astrid, de la Schola Lexicon, traducía una captura de voz de la anomalía en el seminarium del monte Nisei. Ambos llegaron a una conclusión similar, que comunicaron a las autoridades imperiales de los sectores del anillo exterior con igual celeridad.

Lo que sonaba como una especie de estertor emitido por un depredador de un mundo muerto era en realidad una lengua xenos áspera y salvaje, una alocución barbárica de una especie tiránica que atravesaba el vacío de forma imposible. Las palabras eran rudas y sonaban como una salva de artillería, pero eran claramente alienígenas. La transmisión contenía una miríada de formas diversas, aunque algunos patrones lingüísticos se repetían constantemente. La traducción resultó cruda y tajante.

Entre un torrente de injurias monstruosas, aquel ser se presentaba a sí mismo como «la Masacre Inminente» y como «la Bestia». Mostraba un odio incontenible al tiempo que prometía «sangre por sangre», «el fin de un imperio desmedrado» y «el hedor de la destrucción absoluta».

Los sectores del anillo exterior del Segmentum Solar pronto comprobarían que la Bestia cumplía sus promesas. Las erupciones sonoras se extendieron rápidamente. En el curso de unas pocas semanas terrestres, los seis sistemas exteriores que detectaron este fenómeno se convirtieron en sesenta. Y transcurridos unos días más, fueron seiscientos. La Bestia hablaba y la muchedumbre escuchaba. Lo que previamente había sonado como un trueno distante, desconocido e ignorado, pronto retumbó sobre las cabezas de los súbditos del Emperador. Su bramido invadió los mundos de los sectores exteriores

cubriéndolo todo con un rugido perturbador. La Humanidad dejó de funcionar. La gente no trabajaba; no podían dormir, ni pensar. Los calendarios dejaron de cumplirse. Los diezmos no se pagaban. El orden comenzó a escurrirse por entre los guanteletes del Imperio.

Millones de almas se perdieron en la locura. La rigidez y la monotonía de la existencia esclavizada de la humanidad —cruda y desigual— sirvieron para proteger a gran parte de la masa de aquella amenaza exterior. La mayoría de los ciudadanos imperiales jamás habían salido de su distrito, y mucho menos de su mundo. A excepción de un pequeño número de veteranos supervivientes del *Astra Militarum*, muy pocos habían visto a un individuo de una raza xenos. De modo que, cuando la rabia desbocada de aquella aberración alienígena cayó sobre sus mentes, muchos simplemente carecían de la fortaleza necesaria para aferrarse a la cordura.

En medio del derrumbamiento y del descenso de los planetas a las profundidades del caos, hubo quienes oyeron cómo la Bestia les hablaba... y respondieron. Algo reprimido y olvidado encontró consuelo en aquel rencor alienígena. A diferencia del Emperador, quien —más allá de las capillas y de los catecismos— estaba ausente de la vida cotidiana del ciudadano medio, la Bestia estaba allí. Su ira se percibía en los templos y resonaba en las calles; retumbaba en el vacío que rodeaba los mundos. Pronto, las capillas empezaron a ser mancilladas y las misiones quedaron reducidas a cenizas, mientras los impíos se entregaban a un nihilismo consolador como antesala de la fatalidad que se avecinaba.

Las palabras son poderosas, pero más lo son las acciones. La Bestia sobrecogió a los miles de millones de habitantes de los sectores exteriores con el rugido de sus amenazas, y fue entonces cuando llegaron las tormentas gravitatorias. Si los cada vez

más numerosos acólitos de la Bestia hubieran deseado más pruebas de su inconmensurable poder, les habría bastado con contemplar la fuerza destructiva que desató con una maestría jamás vista.

Aunque los augures de los comerciantes, las estaciones de investigación y las lunas factoría detectaron y examinaron las anomalías gravitacionales que afectaban a los límites del segmento, muchos otros solo se percataron de su existencia debido a los eventos cataclísmicos que se desencadenaron. Los astilleros del Nódulo Angelini —una maravilla moderna del Imperio que orbitaba en torno al gran mundo mercante de Orbitus IV como un cinturón de asteroides— sencillamente se desplomaron. Una estructura cuyo diseño y construcción había requerido miles de años se perdió en el vacío deshecha en miles de fragmentos, llevándose consigo los cuerpos de casi un millón de comerciantes que, junto a sus familias, consideraban el Nódulo Angelini su hogar. Para el ciudadano medio del Imperio no hubo explicación para semejante tragedia. El Adeptus Mechanicus y los cuerpos de seguridad del Nódulo no llegaron a tener ni la más mínima idea de qué causó la tormenta gravitatoria. Para muchos, fue simplemente una demostración del poder de la Bestia.

En el mundo de baja gravedad de Virgilia, donde las torres de las escuelas y las universidades arañaban el cielo y perforaban las nubes, la anomalía causó verdaderos estragos. El mundo escolástico se vio inmerso en un pozo gravitatorio que hizo que todo el planeta se estremeciera. Como una holoimagen moviéndose a cámara lenta, el bosque de torres, agujas y campanarios se desplomó sobre las antiguas escuelas e instituciones que se encontraban a sus pies. En cuestión de minutos, un horizonte que hasta entonces acariciaba el cielo se había convertido en una silueta polvorienta de escombros cincelados.

Uno tras otro, mundos enteros se desplomaron ante el poder de las tormentas gravitatorias que alteraban la fuerza de la gravedad. Fenimore tuvo el infortunio de orbitar en torno al gigante gaseoso Clavia-88. Los habitantes de la luna estaban acostumbrados a contemplar la belleza del cielo decorado por el sistema de anillos del gigante; pero, cuando la anomalía desgarró aquel complejo equilibrio, la muerte cayó sobre Fenimore como un diluvio. Agujas de hielo y fragmentos de satélites pastores perforaron el cielo y redujeron a la población aterrada a andrajos ensangrentados. Con la traslación, la noche dio paso al día y el amanecer trajo consigo el diluvio de hojas afiladas.

En el mundo fortaleza de Brigantia III, el general Milus Montague del 47.º Regimiento de la Columna Pesada tenía a dos millones de Imperial Guards listos para lanzar una ofensiva en la Grieta de Zodiox, entre los que había también los honorables regimientos de la Infantería de Phaxatine y los Piernas Largas de Droonia. Los escasos planetas cercanos a la Zodiox se habían convertido en un hervidero de plagas alienígenas: los hrud, los noulia y los chromos. Pero la escoria xenos pudo vivir un día más para propagar su infección. Cuando algo descomunal irrumpió en la realidad del Sistema Brigantia, el mundo fortaleza sucumbió ante una presión gravitatoria inimaginable. A pesar de los bastiones, los vehículos blindados y los millones de Guards, Brigantia III no tuvo nada que hacer contra una invasión que provenía de otro mundo.

El planeta explotó. Pedazos descomunales del mundo fortaleza atravesaron el vacío destruyendo las flotillas de transportes de tropas y escoltas imperiales que esperaban en órbita a los cruzados de Zodiox del general Montague. Un nuevo planeta ocupó su lugar: una pequeña luna negra, una de las muchas que aparecieron a lo largo de todos los sectores del anillo interior como presagios funestos.

En medio del rugir aciago de la Bestia y de las hecatombes gravitatorias, infinidad de satélites antinaturales se materializaron por todos los sectores que rodeaban el anillo interior. Como mensajeros de la catástrofe, desgarraron la realidad para ocupar su lugar entre los orbes ornamentados de los ajetreados sistemas imperiales. Algunos eran negros como el carbón, absorbiendo la luz de estrellas y planetas cercanos. Otros tenían una maraña de escombros y placas metálicas por superficie, oxidados como un cascarón blindado. La aberración rocosa que apareció sobre Arx II Antareon tenía un glifo colosal pintado sobre su superficie aberrante, mientras que la luna de ataque que se materializó sobre el mundo desértico de Sanveen era un horror mecánico: un cráneo metálico y deforme en el que se dibujaba una sonrisa alienígena que parecía burlarse de los ciudadanos imperiales.

Praxedes Prime fue uno de los primeros mundos en sufrir el horror de las armas descomunales de las lunas de ataque. Los rayos gravitatorios asolaron la superficie del mundo santuario, destrozando las ciudades-estado y haciendo saltar por los aires templos, basílicas y catedrales. A varios años luz de distancia, Puerto Oberon —una base naval situada cerca del subsector Ether-Nexus— fue pulverizado. Rocas descomunales, meteoritos y fragmentos enteros de planeta, vomitados desde los cráteres de lanzamiento de la superficie horadada de una luna de ataque que acababa de materializarse, despedazaron los cruceros y las naves mercantes que descansaban en los muelles.

Sin embargo, lo peor estaba aún por llegar. Además de proyectiles rocosos y rayos gravitatorios, las lunas de ataque también liberaron una plaga de cañoneras desfiguradas, cascos monstruosos erizados de baquetas que apresaron en una telaraña de fuego y metralla a las naves que trataban de huir. Los supervivientes de

los mundos asediados solo pudieron trepar por los escombros de las ciudades derruidas, con la mirada fija en la carnicería que se desataba en el cielo y en las lunas que se cernían sobre ellos. Vieron cómo los cielos se volvían negros, ennegrecidos por los enjambres de rocas, transportes y cápsulas alienígenas. La destrucción estaba cerca.

No era la primera vez que el anillo interior sufría el ataque de los pielesverdes. En el pasado reciente, el Archidemonio de Urswine ya había lanzado una invasión contra el Subsector Borodino. En aquella ocasión los orkos habían caído sobre los mundos granja como una marea verde. La destrucción de los cultivos en los mundos agrícolas había puesto al cercano mundo colmena de Quora Coronis al borde de la muerte por inanición. El Tercer Regimiento de los Coronida, el Noveno de los Siervos y los «Azules» reales de Borodino habían necesitado casi una década para enviar al Archidemonio y a sus hordas de vuelta a su imperio de degeneración.

Pero la Bestia no era el Archidemonio de Urswine. Las fuerzas invasoras del Archidemonio, si bien desataron una tormenta verde que amenazó con arrasar los mundos imperiales, eran una simple minucia en comparación con los monstruos descomunales de la Bestia. Su ingente fuerza habría pisoteado a los orkos de Urswine. Los salvajes más temibles del Archidemonio —y, quizá, él mismo— habrían desaparecido bajo la sombra de los engendros invasores de la Bestia. Los más pequeños de aquellos monstruos eran montañas de músculo con mandíbulas tortuosas que se habrían elevado sobre los orkos. Pero entre aquella multitud de depravación había bestias aún más grandes: torres salvajes de colmillos y carne verdosa. Como titanes o efigies descomunales de dioses alienígenas que habían cobrado vida, aquellas bestias portaban estoques ciclópeos capaces de destruir edificios enteros de una sola estocada, y armas monstruosas capaces de barrer

columnas de infantería y formaciones de vehículos blindados con igual facilidad, de forma sangrienta.

Esta fue la dádiva que la Bestia entregó a cada uno de los planetas del anillo interior del Segmentum Solar: una marea apocalíptica de ira alienígena. Mundo tras mundo, el Imperio comenzó a desmoronarse, ahogándose en la sangre de los inocentes, que más que derramarse se pulverizó. Ningún subsector se libró del Armagedón. Ningún cúmulo estelar sobrevivió a la Bestia. Donde fuera que la infame visión de las lunas negras se presentara, la vida desaparecía: los mundos abarrotados de las Estrellas Scinta, las colonias del vacío de Constantin Thule, la Nebulosa Calavera, las Marchas de Gastornis, planetas a lo largo del Flujo Carcasion, los baluartes imperiales y de Quatra Sound de la Deriva de Neo-Tavius..., incluso los mundos en cuarentena de la Región Prohibida y las áreas del espacio salvaje asoladas por los merodeadores sucumbieron ante el insaciable apetito aniquilador de la Bestia.

Miles de millones de almas perecieron bajo el fuego iracundo de los invasores. Mundos enteros fueron aniquilados. La gente suplicó ayuda, pero esta nunca llegó. Las fuerzas del *Astra Militarum* y las defensas planetarias de la zona hicieron lo que pudieron, pero se vieron superadas sin remedio. No se enviaron refuerzos. No se movilizó ninguna flota de apoyo desde la antigua Terra. Únicamente los mundos muertos y los planetas de origen de los *Adeptus Astartes* tuvieron la fuerza suficiente para plantar una mínima resistencia al avance de la invasión. La ambición alienígena de la Bestia pronto pasó de la destrucción de planetas aislados a la de subsectores; hasta que sectores imperiales enteros acabaron por sucumbir ante la plaga verde. Los ciudadanos pronto dejaron las plegarias y se refugiaron en simples esperanzas. Como había ocurrido con los clanes sectarios del Archidemonio, quizá las aberraciones

lideradas por la Bestia acabarían por fragmentarse y se enfrentarían las unas con las otras.

Sin embargo, conforme los meses manchados de sangre y llenos de sufrimiento iban pasando, quedó patente que la Bestia era algo distinto. Se trataba de una nueva estirpe de xenos salvajes. No se detendrían. Jamás. La Bestia lideraría a sus hordas bárbaras por subsectores y sectores enteros, adentrándose más y más hasta que todo el Segmentum Solar quedara subyugado a los pies verdes y la antigua Terra fuera aplastada por las garras alienígenas de la Bestia.